

Universidad de San Andrés – Grupo Clarín

Maestría en Periodismo

Magíster

David Armando de Jesús Gutiérrez Hernández

ESMA: callar para no mentir y simular para sobrevivir

Miriam Lewin

Buenos Aires, 21 de mayo de 2012

ÍNDICE

Prólogo, a manera de introducción	2
Contexto y Accionar de los militares durante la última dictadura militar en Argentina.....	8
Prácticas de Resistencia	
• Mentira.....	20
• Simulación.....	28
• Silencio.....	38
ESMA.....	44
Conclusiones.....	48
Otros actos de resistencia.....	53
Reflexiones profesionales y personales de la metodología aplicada en esta investigación.....	56
Referentes Bibliográficos.....	61

PRÓLOGO, A MANERA DE INTRODUCCIÓN

“En la ESMA no se elegía vivir, pero sí se elegía morir”, aseguró Nilda Actis Goretta, conocida como Munú. Como ella, hay más de un centenar de personas que aún no saben por qué están vivas.

Las Prácticas de Resistencia, dentro de la ESMA así como en cualquiera de los centros clandestinos que funcionaron en Argentina, no fueron siempre las mismas. Muchas situaciones influyeron en el momento de realizar acciones, generando medios de supervivencia.

Existieron secuestrados que intentaron demostrar, a los militares, que en realidad no eran peligrosos como ellos creían y que sólo buscaban luchar por una ideología cuyo objetivo era transformar la sociedad. Así mismo, hubo otros que fueron privados de la libertad sólo por sospecha, estar en la agenda de alguno que militaba o simplemente por error.

“A los oficiales que les dieron la tarea de reprimir, les metieron en la cabeza una imagen equivocada de nosotros. Nos atribuían un grado de nocividad. Decían que andábamos por la calle poniendo bombas”, contó Munú.

En este orden, lo que quiero dejar claro es que no existió, según lo investigado por mi parte y el resultado de las charlas que mantuve con los sobrevivientes, un manual de actos de resistencia durante la dictadura militar. No fue algo sistemático lo que garantizó la vida dentro de la Escuela Mecánica de la Armada.

Los actos de resistencia ayudaron a ganar tiempo a favor de los secuestrados. Muchos de los que hoy cuentan la historia pudieron salvar su vida por *callar, simular o mentir*.

La situación fue extrema. Lo que hicieron dentro de la ESMA lo meditaron más de una vez. La incertidumbre fue pan de cada día para los muchos que permanecieron ahí y que actuaron, como en la vida misma, con lo que se les fue presentando con el pasar del tiempo. Para entenderlo mejor, deberíamos hacernos la siguiente pregunta: ¿qué hubiéramos hecho en una situación como la que pasaron estos hombres y mujeres?

Por eso trataré de explicar, basándome en las entrevistas realizadas, la frase con la que abrí la presente introducción: “en la ESMA no se elegía vivir, pero sí se elegía morir”. En otras palabras, se sobrevivía si se obedecían las órdenes de los militares, pero de no hacerlo, las probabilidades de morir asesinado, eran altas.

Según Nilda Actis, eso funcionaba así, pero tampoco fue una regla. Muchos de los que están vivos nunca obedecieron y otros, que murieron o desaparecieron, siempre hicieron lo que se les ordenó. “Nunca podrás saber si en realidad, la mentira que dijiste te la creyeron, o por qué te salvaste. Eso sólo lo saben los militares”, comentó.

Además, según el período de la dictadura en el que fueron privadas de la libertad y llevados a la ESMA, las víctimas mostraron un grado mayor o menor de resistencia.

Muchos hombres y mujeres que fueron secuestrados cuando comenzó el régimen militar (marzo de 1976) contaron con mucha más fuerza para resistir dado que aún no tenían conocimiento de las masacres que se cometían. Seguían fieles a sus ideales y en muchos

casos no delataron a nadie, así fueran sometidos a las más terribles torturas. Sin embargo, con el paso del tiempo y debido a la desventaja que tuvieron estos seres humanos frente a las Fuerzas Armadas y frente a la fuerte conciencia de poder de los militares, su resistencia fue siendo cada vez menor y los secuestrados, en buena parte, sólo pasaron a pensar en la manera de poder sobrevivir día a día. No sabían en qué momento serían “trasladados”, un eufemismo usado dentro del campo de concentración para referirse a la eliminación física.

Nilda Actis afirmó que los que no fueron secuestrados y lograron escapar o salir del país, también resistieron. Con lo cual, esta actitud no sólo se generó desde el interior de la ESMA, sino que desde el exterior, los *compañeros*, como se llamaban, también trataron de seguir adelante y de hacer ver a Argentina, y al mundo entero, la injusticia que se cometía en contra de ellos y del colectivo militante.

Por último, quiero compartir, a través de un breve relato, mi experiencia personal y las sensaciones que me impulsaron a escribir sobre las Prácticas de Resistencia dentro de la Escuela Mecánica de la Armada, durante la última dictadura militar en Argentina.

Recuerdo que mi primer contacto con la ESMA fue un martes por la tarde. El sol hacía su trabajo. Muchos en la calle iban muy ligeros de ropa y era apenas normal. Yo caminaba por la Avenida del Libertador de la ciudad de Buenos Aires, después de haberme encontrado con unos periodistas amigos. Todos nos dirigíamos al mismo lugar. Escuchaba, por parte de los colegas, comentarios no muy alentadores del sitio al cual nos dirigíamos.

“Ahí está”, comentó uno de los chicos que nos acompañaba. Levanté mi mirada y en la otra vereda un edificio blanco se imponía. Se leía en él “Escuela de Mecánica de la Armada”. Pensé que algo tendría que ver con estudios militares, pero me llevé una gran sorpresa cuando escuché las historias tan macabras que ese lugar guardaba.

La ESMA, como se la conoce, fue un lugar donde hubo más de 5.000 personas secuestradas, de las cuales, la mayoría aún hoy se encuentran desaparecidas.

Durante la última dictadura militar que tuvo Argentina, este lugar funcionó como un centro clandestino de detención.

Una vez adentro, el caminar por sus instalaciones me llenó de sentimientos que difícilmente podría plasmar. Sin embargo, será algo que quedará grabado en mi memoria para siempre, al igual que en la de muchos argentinos.

Con los ojos vendados, los hombres y mujeres que ingresaron a la ESMA fueron llevados a un sótano, frío, húmedo y con paredes de color pastel. Este lugar se convirtió en su “nuevo hogar”. Un hogar donde los Derechos Humanos se violaron durante las 24 horas del día.

Además de ser utilizado para torturas e interrogatorios, el sótano también fue un lugar propicio para el trabajo esclavo y reclusión de opositores al régimen.

Marcados con una “T” de traslado o con una “L” de libertad fueron separados estos hombres. El traslado, por lo que pude entender, era el camino a la muerte, pero

expresado de otra manera. La libertad era lo que muchos deseaban, pero muy pocos obtuvieron.

Los encargados de secuestrar, interrogar, torturar y matar fueron principalmente una serie de militares que se hicieron llamar Grupos de Tarea (GT).

La “Capucha” fue un lugar donde estuvieron puestas las “habitaciones” de los hombres y mujeres en cautiverio. No sé si fue mi impresión o me dejé llevar mucho por el lugar, pero podría asegurar que ahí aún se sienten los gritos y el llanto de algunos.

Sé que es difícil reconstruir o recordar cada rincón con sólo una visita, pero si de describir se trata, la “Capucha” fue un espacio oscuro donde únicamente se filtraba una tenue luz generada por el sol y que entraba a través de las ventanas instaladas en la parte superior.

Testimonios desgarradores, que los mismos sobrevivientes escribieron, se pueden leer a lo largo del pasillo que comprende este lugar, los cuales hacen despertar una serie de sentimientos de dolor y tristeza.

Por otro lado, según fuentes oficiales, durante y después de la dictadura militar se hicieron 4.500 denuncias de desaparecidos en la ESMA.

Mis colegas y yo abandonamos la Escuela Mecánica de la Armada. Hoy en día funciona como un Espacio para la Memoria. Sin embargo, el casino de oficiales, ubicado dentro del complejo y lugar donde ocurrió la masacre y la mayor parte de los

actos de violación a los Derechos Humanos de miles de personas, está intacto, como lo dejaron cuando terminó el régimen.



Universidad de
San Andrés

CONTEXTO Y ACCIONAR DE LOS MILITARES DURANTE LA ÚLTIMA DICTADURA MILITAR EN ARGENTINA (1976 – 1983)

Esta investigación hace referencia a las Prácticas de Resistencia que nacieron en los centros de detención que existieron en Argentina y en particular en la ESMA.

La Escuela Mecánica de la Armada fue una institución educativa destinada a formar suboficiales de la Armada expertos en mecánica e ingeniería de navegación, pero que, durante la dictadura de 1976, también funcionó como el más grande y activo de los centros clandestinos de detención. Ingresaban allí jóvenes de 15 a 18 años que promediaban la educación secundaria que, por lo general, provenían del interior del país.¹

Según el informe que publicó la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) en el libro “Nunca Más”, y como sentenció Ernesto Sábato, durante la década de 1970 Argentina fue convulsionada por un terror que provino tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda.² Fenómeno que no ocurrió en las demás dictaduras de la región. Esta situación es conocida como la teoría de los dos demonios: la guerrilla (demonio uno) y las Fuerzas Armadas (demonio dos). En este contexto de violencia quedó en el medio, según esta posición, toda la población civil, que no formó parte de estos grupos, y pasó a ser víctima inocente de los enfrentamientos que se generaron entre estos dos bandos. Hay posturas profundamente críticas hacia esta

¹ Entrevista con Miriam Lewin, periodista y sobreviviente de la ESMA. Buenos Aires, enero de 2012

² Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (2011). “Nunca Más” – 8ª edición, segunda reimpresión – Buenos Aires: Eudeba.

caracterización que sostienen que no se puede, de ningún modo, equiparar el terrorismo ejercido desde el aparato estatal con el accionar de un grupo civil opositor, con una estructura armada y organización menor.

Muchos sobrevivientes³ coinciden en que esta teoría responde a un intento de las Fuerzas Armadas de justificar su accionar y de expiar las culpas de los crímenes de lesa humanidad que cometieron.

El Estado es el que adhiere y firma los pactos internacionales de Derechos Humanos y los garantiza, por lo tanto es el único que puede violarlos. La guerrilla, en cambio, no violó los Derechos Humanos ya que los delitos que cometieron fueron comunes y privados. Por lo tanto sus miembros tienen derecho a: ser enjuiciados con pruebas ante tribunales con defensa garantizada, ser presumidos inocentes hasta que se les demuestre lo contrario, y tener acceso a la justicia y a la defensa.

Para entender por qué se desencadenó el golpe de Estado por parte de los militares, en marzo de 1976, el cual llevó al derrocamiento del gobierno democrático de Isabel Perón, segunda esposa del General Juan Domingo Perón, se debe tener en cuenta la grave crisis política y económica que venía enfrentando este gobierno, en su último periodo.

En lo económico, el país sufrió graves daños con una inflación galopante, la paralización de las inversiones de capital, la suspensión de las exportaciones de carne a Europa y el inicio del crecimiento incontrolable de la deuda externa. Situación que

³ Entrevista con Miriam Lewin, periodista y sobreviviente de la ESMA. Buenos Aires, enero de 2012

empeoró aún más con el intento, sin éxito, de una solución de corte monetarista que provocó una fuerte retracción de la liquidez, iniciando un complicado proceso de estancamiento (coyuntura económica dentro de una situación inflacionaria que produce un estancamiento de la economía donde el ritmo de la inflación no cede).

Las medidas tomadas en aquel momento para tratar de superar la crisis económica fueron un duro golpe a los salarios reales de los trabajadores, a través del aumento del precio en los combustibles, la electricidad y otros servicios públicos. Estas medidas impuestas por el entonces Ministro de Economía, Celestino Rodrigo, son conocidas con el nombre de “El Rodrigazo”. Sin embargo, esto no dio resultado e impulsó a los militares a tomar el poder por la fuerza.⁴

Cabe recordar que, entre 1930 y 1983, Argentina vivió seis golpes de Estado (1930, 1943, 1955, 1962, 1966 y 1972) con periodos de democracias débiles. Estos golpes fueron producidos por las Fuerzas Armadas, cuyo fin fue promover un orden social que garantizara los beneficios económicos de ciertas clases dominantes.

En lo político, creció la actividad de los grupos armados de izquierda, tanto los que actuaron dentro del peronismo como la organización guerrillera Montoneros, así como otros de corte marxista como el Ejército Revolucionario del Pueblo y de extrema derecha, a través del grupo parapolicial conocido como “Triple A” (Alianza Anticomunista Argentina).

⁴ Schvarzer, Jorge (1995) La reestructuración de la industria argentina en el periodo de ajuste estructural. CISEA . Buenos Aires. Página 41

Ya con los militares en el poder y con el fin de la democracia, la persona que tomó el control del país fue el General Jorge Rafael Videla, militar en servicio entre los años 1942 y 1978 y nombrado, por María Estela Perón, Jefe Mayor del Ejército (1975). Sus políticas desataron la más violenta de las dictaduras instauradas en el país. El régimen se extendió por ocho años.

Con el General en el poder, estuvieron también el almirante Emilio Eduardo Massera y el brigadier Orlando Ramón Agosti.

Cuando se instauró, la dictadura dejó en claro sus fundamentos y objetivos. Su principal tarea fue la transformación de la sociedad argentina de raíz, en lo económico y lo político, y estableció que no tendría límites para llevar a cabo su idea. Para esto contó con el apoyo de los principales medios de comunicación privados, influyentes grupos de poder civil, la protección inicial del gobierno de los Estados Unidos y la pasividad de la comunidad internacional.

El autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” que pusieron en práctica los militares, además de los cambios que implicó en la política económica, se basó en un accionar conocido como “Terrorismo de Estado” y en aplicar una política cultural y educativa de estricta censura. De esta forma el país se convirtió en un “infierno” para muchos, llevándose a cabo números secuestros, torturas, desapariciones y asesinatos de miles de personas.

La Junta Militar suspendió la actividad política, los derechos de los trabajadores, intervino los sindicatos, prohibió las huelgas, disolvió el Congreso y los partidos

políticos, destituyó a la Corte Suprema de Justicia, y en el orden privado, clausuró los lugares nocturnos, quemó miles de libros y revistas considerados “peligrosos” y censuró los medios de comunicación.⁵

Dentro del marco ideológico del proceso, que excluía cualquier forma de pensamiento que no estuviera en línea con el régimen, se inició una persecución y represión sobre las organizaciones guerrilleras: Montoneros, el Ejército Revolucionario del Pueblo y otros partidos menores.

Estas dos organizaciones fueron los movimientos guerrilleros más destacados de Argentina. Por esta razón, es importante describir cómo funcionaron y quienes las lideraron.

Montoneros fue una organización guerrillera que se identificó con la izquierda peronista y desarrolló la lucha armada entre 1970 y 1979. Sin embargo, su periodo máximo de poder se extendió hasta 1976.

Se asumió como organización político militar en la provincia de Buenos Aires, autodefiniéndose como una vanguardia nacionalista, católica, peronista y utilizando consignas como “Perón o muerte”. En aquel momento, estuvo encabezada por Fernando Abal Medina, Mario Firmenich y Carlos Gustavo Ramus, entre otros.

⁵ Rapoport, Mario y Spiguel, Claudio (2003) Modelos económicos y regímenes políticos y política exterior argentina en Foreign Polity and Political Regime. Página 198.

José López Rega, secretario privado de Isabel Perón y después nombrado Ministro de Bienestar Social de gobierno, tuvo un importante rol en la lucha contra Montoneros. Su poder le permitió crear y apoyar financieramente, con fondos ilícitamente desviados desde el ministerio a su cargo, a la paramilitar organización terrorista Alianza Anticomunista Argentina, mejor conocida como “La Triple A”.⁶

“La Triple A” contó con la colaboración operativa y de inteligencia militar necesaria para atentar violentamente, no sólo contra los cuadros Montoneros y las juventudes políticas de Tendencia Revolucionaria, sino también contra cualquier ciudadano sospechoso de poseer una ideología de izquierda.

Con el paso del tiempo, los Montoneros sufrieron un gradual aislamiento de la base popular peronista en la que se apoyaban hasta que finalmente fueron completamente derrocados por el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional”, que se inició con la dictadura militar de 1976 y donde la mayoría de los activos de la organización guerrillera fueron dados de baja o secuestrados, quedando a entera disposición de las Fuerzas Armadas como “detenidos-desaparecidos”.

Con la idea de anular y aniquilar a sus opositores, esta dictadura (cuyos dirigentes y cuadros militares habían sido entrenados en la “Escuela de las Américas” a cargo de los EE.UU., y en donde se les enseñaba técnicas de acción psicológica, tortura y control de

⁶ Bonasso, Miguel. (2010) “Recuerdo de la Muerte” – 1ª edición – Bueno Aires: Planeta. Página 158.

población) inició una política basada en el secuestro, la desaparición forzada, la tortura y el exterminio.⁷

Entre mediados y fines de 1976, la Conducción Nacional y los cuadros de más jerarquía de la organización partieron al exilio a México, donde establecieron una especie de “cuartel general” desde el cual continuaron actuando. En 1978 esta misma guerrilla partió a Cuba por motivos de seguridad.

Cabe resaltar que, durante su existencia, Montoneros utilizó de manera abundante la prensa gráfica como modo de difusión de sus ideas políticas. Entre los principales medios estuvieron: “El Descamisado”, el diario “Noticias”, “La Causa Peronista” y la revista interna “Evita Montonera”.⁸

Como ya mencioné anteriormente, esta organización guerrillera acabó extinguiéndose y muy pocos de sus militantes orgánicos pudieron sobrevivir al exterminio de la dictadura.

Por su parte, **El Ejército Revolucionario del Pueblo** fue la estructura militar del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), liderado por Mario Roberto Santucho en la Argentina, durante 1970. En 1977 fue también desarmado por las Fuerzas Armadas como resultado del “Proceso de Reorganización Nacional” y del “Operativo Independencia”.

⁷ Entrevista con Miriam Lewin, periodista y sobreviviente de la ESMA. Buenos Aires, enero de 2012

⁸ Entrevista con Miriam Lewin, periodista y sobreviviente de la ESMA. Buenos Aires, enero de 2012

En 1973, el objetivo del ERP fue convertirse en un ejército guerrillero regular, para lo cual creó nuevas unidades, basándose en una estructura militar, que se dividieron en dos batallones: Gran Buenos Aires y Tucumán. Es importante destacar que el Partido Revolucionario de los Trabajadores (de donde se desprende el ERP) había dividido con anterioridad al país en estas dos zonas operativas.

A través del asalto de bancos y secuestros extorsivos, el PRT-ERP logró obtener los suficientes fondos para financiarse. Además, se proveyeron con armas para la lucha atacando los cuarteles militares.

El 3 de julio de 1976, tres meses después del golpe militar, el Comité Ejecutivo del PRT se reunió y decidió replegarse, además de mandar al exilio a su líder para preservarlo.

La “Operación Gaviota” fue una de las últimas acciones que realizó el ERP. Con esta, buscó asesinar al dictador Videla.⁹

Los militares y quienes los apoyaban definían como "subversivo" a todas aquellas personas y actos que atentaban contra lo que ellos consideraban valores morales y espirituales de la civilización occidental y cristiana. Dado que su concepción era tan rígida como estrecha, "subversivo" podía ser tanto un intelectual o un militante marxista por sus ideas, como un rockero por su pelo largo o una joven que usara minifalda, entre otros. Con tales argumentos, la represión del régimen se hizo cada vez más general e indiscriminada.

⁹ Gambini, Hugo (2008) Historia del Peronismo: La violencia 1ª Edición – Estados Unidos – Stockcero.

La desaparición y la muerte de miles de opositores al Gobierno se conoció con el nombre de “Guerra Sucia”. Una guerra que se caracterizó por privar de la libertad (“chupar”, como se conocía en la jerga de las víctimas) a todo aquel que se opusiera al lineamiento de los militares. Los encargados de estas acciones de secuestros fueron comandos paramilitares organizados en grupos de tareas, que por lo general operaban vestidos de civil y fuertemente armados.

La desaparición de personas fue un programa de acción, muy bien planeado por las Fuerzas Armadas, que estableció métodos (muertes, fusilamientos y ocultamientos de cadáveres) muy radicales para llevarlo a cabo. Si bien, muchos de los secuestrados se opusieron a dar algún tipo de información, los militares utilizaron la tortura como herramienta para hacerlos hablar.

Todos los “chupados” formaron parte de una categoría que crearon los militares: “enemigos de la nación” y por lo tanto merecían ser castigados según ellos. Los interrogatorios se llevaron a cabo en los centros de detención clandestinos, creados para tal fin, donde el que no ayudó o colaboró con un dato, fue sometido a tormentos físicos, como electricidad, golpes o insultos verbales, entre otros.¹⁰

La ESMA, sin duda, fue uno de los centros de detención más conocidos, pero no fue el único. A lo largo del país, los militares crearon espacios para interrogar, torturar y matar personas. Estos lugares se encontraban en las ciudades, pero ocultos para los civiles, quienes no conocían la existencia de estas zonas. “El Vesubio”, “El Garaje Olímpico”, “El Pozo de Banfield” o “La Perla” fueron algunos.

¹⁰ Entrevista con Miriam Lewin, periodista y sobreviviente de la ESMA. Buenos Aires, enero de 2012

Según cita Miguel Bonasso en su libro “Recuerdo de la Muerte”, “... Este grupo llevaba adelante la planificación y ejecución de los secuestros, robos de automóviles, saqueos de viviendas, etc.. Operaban en base a los datos obtenidos mediante la tortura, y los del análisis que Inteligencia hacía de los materiales obtenidos en operaciones anteriores. Muchos secuestros se hicieron durante los “paseos” que sistemáticamente realizaban por la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, en los cuales participaba un “marcador”, prisionero que accedía a colaborar con los marinos señalando a sus antiguos compañeros. La planificación de las operaciones se hacía en el salón “Dorado”, ubicado en la planta baja del Casino de Oficiales de la ESMA”.¹¹

Estas cárceles clandestinas contaron con una estructura similar: una zona que era para interrogatorios y torturas y otra donde permanecieron los secuestrados encapuchados, con cadenas en pies y manos, sin poder ver la luz y sometidos a maltratos constantes.

La presente investigación se basa en las Prácticas de Resistencia que lograron mantener con vida a muchos secuestrados que hoy pueden contar su historia.

A través de varias entrevistas a sobrevivientes, que vivieron en carne propia la estancia en la ESMA, se lograron identificar tres grandes prácticas que se utilizaron para mantener la esperanza de vivir: la Mentira, la Simulación y el Silencio.

En la vida cotidiana, estas prácticas podían presentar similitudes y desde lo psicológico hay que tener en cuenta variables influenciadas por la historia personal de cada sujeto. “Ni la psicología ni lo psicológico define solamente un comportamiento para enfrentar y

¹¹ Bonasso, Miguel. (2010) “Recuerdo de la Muerte” – 1ª edición – Bueno Aires: Planeta. Página 158.

afrontar situaciones límites. Los comportamientos de resistencia tienen que ver con la historia de vida, el compromiso social, la ética, la pasión por la justicia, el sentido común y otras variables”, aseguró Mirta Clara, Psicóloga de profesión y ex detenida.

En ese orden de ideas y para reforzar y comprender mejor el concepto psicológico, se han considerado también las definiciones académicas de estos términos.

Mentira: Expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, se cree o se piensa. No decir la verdad sobre un hecho en concreto.¹²

Simulación: Acción de simular. Alteración aparente de la causa, la índole o el objeto verdadero de un acto o contrato. Mantener una situación ficticia a través del tiempo¹³.

Silencio: Abstención de hablar¹⁴.

Teniendo en cuenta estas definiciones y los aspectos psicológicos nombrados anteriormente, en esta investigación la mentira se tomó como la acción de ocultar la verdad o retener parte de la información como una razón de conveniencia, necesidad y defensa ante una agresión.

La simulación como un acto de engaño o disimulación de sucesos, situaciones y hechos con el objeto de hacer creer, inducir o producir una situación aparente que difiere de la situación verdadera.

¹² Definición de Mentira en la RAE

¹³ Definición de Simulación en la RAE

¹⁴ Definición de Silencio en la RAE

Por último, el silencio será la acción de no hablar bajo ninguna circunstancia. Ni para mentir, ni para simular. Simplemente callar.

A partir de aquí se desarrollarán, según lo investigado, cada uno de estos métodos de supervivencia con la mayor claridad posible y con el fin de dar cuenta de qué manera se utilizaron y qué efectividad tuvieron.



Universidad de
San Andrés

MENTIRA

“Con el correr del tiempo en la ESMA, yo iba tratando de mentir y decir cosas que sabía que los militares no podían verificar”, contó Juan Gasparini, periodista y ex secuestrado sobreviviente.

Los militares avanzaron con su macabro plan de secuestrar y matar según la información que obtenían de los que ya habían caído. Sin embargo, la mentira fue una práctica de resistencia que pudo haberles dado (a los secuestrados) unos días más de vida en ese “infierno”.

Juan Gasparini nació en Azul, Argentina, el 30 de abril de 1949 y fue secuestrado por las Fuerzas Armadas el 10 de enero de 1977, en el despacho de un abogado.

Él aseguró que la mentira lo ayudó en varios episodios en los que estuvo frente a la muerte. Mentir fue, en ocasiones, la única salida para seguir con vida. Cuando se lograba convencer a los militares de que todo lo que se decía era cierto, ellos sentían que habían ganado por no delatar a un compañero y sobrevivir un día más.

Sin embargo, Gasparini, como otros ex secuestrados sobrevivientes, dejó claro en las entrevistas que nunca existió un manual de prácticas de resistencia que asegurara la vida dentro de la Escuela Mecánica de la Armada. Nadie sabía cómo comportarse ahí. Gasparini contó: “cuando estaban torturándote, ahí adoptabas una postura determinada”.

A partir de eso, la mentira fue una práctica que se consideró importante a la hora de sobrevivir en la ESMA y en cualquier campo de detención. El no decir la verdad frente a algunas situaciones límites mantenía la esperanza de sobrevivir.

Se lograba engañar a los militares (o por lo menos eso era lo que suponían los secuestrados). Por ejemplo, Gasparini contó una anécdota que dejó claro, en su caso, cómo utilizó la mentira para salvar su vida y dejar satisfechos a sus verdugos.

“Cuando me pedían información sobre personas muy concretas, que supuestamente yo conocía y que podía localizar en algún lugar de Argentina, se me ocurría utilizar, en mi mente, la imagen de dos personalidades muy nombradas en el país y las describía”, recordó.

“Entonces, cuando me preguntaban por alguien, yo me imaginaba a un gran presentador de televisión, Nicolás “Pipo” Mancera, y en ocasiones al boxeador Carlos Monzón”, añadió.

“Así, cuando ellos (los militares que torturaban) me pedían que describiera a un compañero que supuestamente conocía, yo describía al presentador y al deportista y lograba salir bien de ese momento. Muchas veces lo utilicé”.

Sin embargo, Juan no sólo inventó personas, sino que también lo hizo con lugares. “Miles de veces, los militares, me preguntaron por direcciones o posibles escenarios donde habría una reunión de militantes políticos. En ese momento también mentí e

inventé”, afirmó. De esta manera, Gasparini logró “quedar bien” con los militares sin entregar datos correctos.

Por último, este sobreviviente aseguró que la resistencia que ejerció no fue negar nada, sino, ante una pregunta concreta, mentir. “Un lugar de encuentro donde yo iba con mis compañeros de militancia era en tal punto y a tal hora, tantas veces por semana. Sin embargo, ahí y a esa hora no concurría nadie”, recordó.

Es así como la mentira se convirtió en un “arma” para los secuestrados dentro de la ESMA. La utilización de esta práctica les garantizó, por lo menos, unos días más de vida y la posibilidad de una futura liberación.

Sin embargo, también podría haber sido una práctica peligrosa y de haber advertido los militares el engaño, seguro la muerte se hubiera hecho presente. Era un todo por el todo. Total, ahí dentro (ESMA) nada estaba garantizado y todo lo que se pudiera hacer para continuar respirando se hacía.

Casos como los de Juan existieron muchos. Varios secuestrados vivieron su propia historia donde la mentira jugó un papel muy importante. Cada día que pasaba, fue un nuevo reto para aquellos que tuvieron grilletes y capuchas.

Por su parte, Nilda Actis Goretta, conocida como Munú, ex detenida sobreviviente de la ESMA, también estuvo de acuerdo con asegurar que la mentira hizo parte de las Prácticas de Resistencia, con la salvedad que cada uno actuó según el momento que vivió. “Para mí, no todos mintieron, ni todos dijeron la verdad”, confesó. “Era una

mentira permanente, pero no sólo adentro sino afuera . Todo el tiempo se debía mentir ante el mundo”, añadió.

Munú nació en la provincia de Buenos Aires, el 18 de octubre de 1945. Fue secuestrada el 19 de junio de 1978 y permaneció en la ESMA hasta febrero de 1979. A partir de ese momento, su situación fue la de libertad vigilada ya que los represores continuaron ejerciendo poder sobre ella y la obligaron a trabajar para ellos.

Al igual que Juan, Munú tuvo su estrategia para mentir en el momento que fue torturada. Según ella, cuando le preguntaban por alguien en concreto, describía a un compañero que ya había muerto. Esto, la ayudó a quedar bien con los militares y a tener la tranquilidad de que no estaba entregando a nadie más.

“Creo que el tema de la mentira fue un mecanismo que debimos haber manejado todos en diferentes momentos. Cuando te torturaban, podrías haber dicho que conocías o no a alguien. Sin embargo, esa situación se aliviaba si se describía a alguien que ya había sido ejecutado. Total ya estaba muerto”, contó.

Por su parte, en su libro “Recuerdos de la Muerte”, Miguel Bonasso hace referencia a varios casos en los que la mentira fue la salida de la muerte. A pesar de todo, muchos hubieran preferido suicidarse antes que mentir y caer en manos de las Fuerzas Armadas.

Se habló entonces de una consigna que sí tenían algunos cuando militaron. Digo algunos, porque no todos estuvieron de acuerdo con la forma de salvarse y de salvar a aquellos que aún no habían sido identificados por el régimen. Imitando a los alemanes

cuando iban perdiendo la Segunda Guerra Mundial y para no caer vivos ante el enemigo, los montoneros llevaron, en su cartera o bolsillo, una cápsula que contenía cianuro que, en caso de ser descubiertos y antes de ser capturados, debían ponerse en su boca.

Esta acción de la pastilla la vieron como una salida digna a la muerte. De hecho, miles de personas, según los textos consultados para escribir esta investigación, hubieran preferido suicidarse antes de ir a un campo de concentración.

Como cita Bonasso, “la muerte pasó a ser una decisión individual para no caer vivo”. De hecho, Jaime Dri, protagonista del libro “Recuerdos de la Muerte”, aseguró que: “si hubiera tenido una pastilla... o mejor, si hubiera tenido un arma hubiera podido morir de manera vital, creadora. Combatiendo hasta terminar. Algunos compañeros tuvieron esa chance”.¹⁵

Este acto de resistencia, como la mentira, se fue generando a partir de la captura y la estancia en los centros de detención.

Además del caso de Dri, Miguel Bonasso también resaltó un momento importante durante la dictadura militar que dejó ver que mentir fue una práctica de resistencia. La situación que se produjo durante la “Operación México”, cuyo objetivo fue secuestrar a Mario Firmenich en el territorio azteca y para ello Tulio Valenzuela (Oficial Mayor Montonero), que había sido ya secuestrado por los militares, fue una pieza clave.

¹⁵ Bonasso, Miguel. (2010) “Recuerdo de la Muerte” – 1ª edición – Bueno Aires: Planeta. Página 56.

Firmenich, que en ese momento se había refugiado en México, fue un hombre importante para los militares y querían tenerlo en su poder. Él, alcanzó la conducción nacional de los Montoneros y después, entre 1971 y 1979, fue Secretario General de la OPM Montoneros. Una “hoja de vida” muy llamativa para las Fuerzas Armadas y su plan de acabar con todo aquel que se opusiera.

Con una gran mentira y poniendo su vida, la de su mujer y la de sus hijos en peligro, Valenzuela logró demostrar a los militares que su inteligencia, su resistencia y su convicción ideológica estuvo por encima de la de ellos.

La “Operación México” empezó el 14 de enero de 1978. En aquel tiempo, viajó a México un grupo compuesto por tres miembros de la inteligencia militar y dos prisioneros, uno de ellos fue Valenzuela. Todos contaban con documentos falsos que los mismos militares habían falsificado.

Cuando pisaron tierra Azteca, los dos prisioneros fueron a un hotel y la labor que les encomendaron fue generar una reunión con todos los montoneros. De esta manera, podrían saber cómo operaban, dónde y quiénes asistían.

Así pasó. Valenzuela logró reunir a sus compañeros de lucha y a unos periodistas de confianza. Lo que vino después, fue la confesión de Tulio que destapó la gran mentira que venía maquinando desde el momento en que decidió colaborar con las Fuerzas Armadas argentinas.

Durante la reunión, Valenzuela hizo mucho énfasis en la violación de la soberanía mexicana y aseguró que días atrás, un grupo de la Marina de Guerra también había estado en esa ciudad para dar un gran golpe partidario, pero que finalmente fracasó y tuvieron que volver.

Así transcurrieron las horas y el prisionero continuó su discurso, pero para sorpresa de todos, en especial de los militares, acabó con la mentira y contó cuál fue el verdadero objetivo de la visita: que él mismo se había presentado como voluntario para poder llegar, pero en vez de ayudar a secuestrar a Firmenich, como pretendían los jefes militares, quería desenmascararlos y decir la verdad.

Todo los presentes en la reunión no le quitaron los ojos de encima y él contó, según Bonasso: “hay que tener en cuenta en qué condiciones vengo yo. Además de que supuestamente me convencieron políticamente de que yo debía colaborar. La condición principal es que mi compañera, que está embarazada de seis meses, que se llama Raquel Negro, y mi hijo, que tiene un año y medio, Sebastián, están en manos del enemigo. Ellos son rehenes. Yo fui amenazado de que serían inmediatamente ejecutados, si la misión de infiltración que yo iba a cumplir acá fracasaba o se producía un hecho como este. Cualquiera se puede dar cuenta que esta es una situación muy difícil para cualquier hombre, aun para un cuadro revolucionario. (...) Yo discutí esta situación con mi compañera. Mi compañera manifestó que ella estaba totalmente dispuesta a quedar como rehén en el país, para morir, para salvar algo que era mucho más trascendente que

nuestras propias vidas, para llegar acá y poder informarle a nuestro partido y al mundo de los planes de la dictadura y hacer un esfuerzo por desbaratarlos”.¹⁶

Después de esas reveladoras declaraciones, Valenzuela finalizó diciendo: “mi compañera, un hijo por nacer y mi otro hijo están en manos, en este momento, de los militares. Yo responsabilizó por sus vidas y por su integridad física a todos los jefes militares que participaron en esta operación”.¹⁷

De esta manera, arriesgando su vida y la de su familia, Tulio Valenzuela demostró que una manera de resistir fue mentir a los militares y hacerles creer que él estaba de su lado, cuando en realidad no fue así.

Fue un duro golpe para las Fuerzas Armadas, quienes pensaron que Valenzuela haría todo lo que se pactó desde un principio, sin sospechar que todo fue una mentira montada para que él pudiera salir de ahí.

Después de las declaraciones de Actis, Gasparini, y de las circunstancias publicadas en el libro “Recuerdos de la Muerte”, que si bien es una ficción se basa en las conversaciones de Miguel Bonasso, su autor, con el sobreviviente de la ESMA Jaime Dri, se constata como la mentira se convierte en una práctica de resistencia que siempre estuvo presente (sin importar las condiciones) en la mente de cientos de personas privadas de la libertad.

¹⁶ Bonasso, Miguel. (2010) “Recuerdo de la Muerte” – 1ª edición – Bueno Aires: Planeta. Página 252.

¹⁷ Bonasso, Miguel. (2010) “Recuerdo de la Muerte” – 1ª edición – Bueno Aires: Planeta. Página 252.

SIMULACIÓN

Cuando comenzó la represión en la Argentina, la militancia pasó a ser ilegal. Por lo tanto, todos los que militaron pasaron a hacerlo en la clandestinidad convirtiéndose en ilegales.

Para todo aquel que fue capturado, las formas de sobrevivir fueron inimaginables. Cualquier acto que pudiera ayudar a la supervivencia en la ESMA fue importante. Simular que eran “parte” de los militares y que se habían “recuperado” para la vida pacífica y obediente al régimen fue un paso que muchos se atrevieron a dar con el solo objetivo de salvar su vida. Sin embargo, no sólo se simuló dentro de la Escuela de Mecánica. Es más, la simulación como resistencia empezó, según lo investigado, mucho antes de que los militantes fueran secuestrados por los militares.

“Yo simulaba con mis vecinos. Tu casa era una casa donde no venía gente. Entrábamos y salíamos todo el tiempo y tratábamos de hablar con las personas del barrio para que te vieran como una persona común, normal. Tenías una especie de doble vida porque trabajabas y también militabas. La idea era dar datos que no fueran verdaderos para que ellos no pudieran tener la certeza de que vos se los habías dado falsos. Vos simulabas que el dato era verídico”, contó Nilda Actis Goretta (Munú).

El trabajo de simular en la calle y dentro de la ESMA se lo tomaron muy en serio. La vida dependía de eso. Los militantes, opositores al régimen, no eran bien vistos en la sociedad. “Militar en esa época fue algo prohibido. Si se enteraban, te secuestraban y te mataban. Era llevar dos vidas paralelas”, confesó Munú.

La ventaja siempre la tuvieron los que fueron secuestrados a partir de 1978, justo antes de terminar la dictadura. Ellos, si bien estuvieron en peligro, cuando entraron a la ESMA contaron con entrenamiento previo que les permitió simular o aparentar algo, aunque internamente todo fue un montaje. Ese es el caso de Munú, quien después de huir y simular por varios años, en el mundo exterior, en la comunidad y en el barrio, fue secuestrada y siguió simulando.

“Los que caímos en el 1978 tuvimos una práctica de simulación que traíamos desde afuera, contábamos con un entrenamiento en aparentar una situación, aunque por dentro te pasara algo distinto”, recordó Nilda.

Sin embargo, ella y otros más ex secuestrados tuvieron claro que los militares, los represores de la ESMA, tendían a no creer todo lo que ellos simulaban ser. Lo que sí tuvieron presente, los secuestrados, fue que una vez que eran privados de su libertad y llevados a la Escuela de Mecánica de la Armada, o a cualquier prisión clandestina, empezaban una lucha por demostrarles a los marinos que estaban en el proceso de “recuperación”, para así poder convertirse en un posible sobreviviente, donde simular fuera era una de sus herramientas.

“A lo mejor, creo que en algunas ocasiones logramos hacerles creer que estábamos “recuperados”, pero también creo que eso no fue sólo un mérito nuestro, sino que se debe a una omnipotencia por parte ellos, quienes tampoco pensaron que iba a pasar nada de lo que pasó y lo que está pasando”, afirmó Munú, refiriéndose al proceso de justicia que empezó en el Juicio a las Juntas y se reanudó en el 2003, con la excepción de los

juicios por apropiación de menores, que fueron anteriores, ya que las leyes del perdón nunca cubrieron los crímenes contra niños.

Por su parte, Juan Gasparini también recordó la simulación como una práctica de resistencia que le ayudó mucho a él y a varios compañeros con los que estuvo privado de la libertad. Sin embargo, él lo ve más desde un punto de vista político.

Cuando fue secuestrado Juan, los militares pensaron que habían atrapado un “pez gordo” por su experiencia en la militancia y porque perteneció a la tendencia revolucionaria del peronismo. Por eso, le atribuyeron un grado de peligrosidad que nunca tuvo, pero que sí supo aprovechar, dentro de la ESMA, para su beneficio.

Después de que lo torturaron y le hicieron mil preguntas, a las cuales respondió usando la mentira (capítulo anterior), lo pasaron a hacer trabajo esclavo. Esa labor hizo parte del proceso para poder sobrevivir y de la mejora de sus condiciones de cautiverio.

“Cuando me pusieron a trabajar con ellos me pude vestir mejor, me dieron ropa limpia, me pude bañar todos los días. Además, en vez de dormir en el suelo, tirado en una colchoneta con los ojos tapados, dormí en un “cuartucho”, hecho de maderas, pero tenía una cama y podía acostarme de una forma decente”, añadió Gasparini.

Escribir notas de prensa para publicar en Argentina y en el exterior, leer artículos y otros oficios más, fueron las tareas que le delegaron a Gasparini. En cierto modo, los militares sabían que él, por haber sido político y militante, tenía una capacidad

intelectual que podían aprovechar a su favor. Por su parte, el prisionero simuló ayudarlos y así vivir un poco más y poder ayudar a los demás secuestrados.

“Ellos me querían sacar el conocimiento. Me ponían en frente de un diario y me pedían una opinión y un consejo sobre un tema en especial. Yo les contestaba: los partidos políticos están perdidos, los sindicatos están prohibidos, el parlamento no existe. Ustedes lo que tienen que hacer es distender la situación. Si ustedes quieren congraciarse con los sectores políticos de origen civil, no pueden seguir con la represión porque no van a conquistar el voto de ningún sector”.

Su respuesta tuvo una intención muy concreta: terminar con la dictadura. Fue una simulación total, una especie de doble juego donde, por una parte, ayudó a los militares políticamente, pero si se analiza el contenido de la respuesta, la misma sirvió para llevar a la distensión y con ella al final del régimen.

Fue así que el secuestrado les hizo ver, desde los propios intereses militares, que a ellos les convenía ceder para ganarse a los sindicatos y a los partidos políticos.

“En el corto tiempo a ellos los beneficiaría, pero en el largo plazo no. Si ellos miraban más lejos, era el fin de la dictadura. Porque, para congraciarse con los sindicatos, tenían que legalizar la actividad sindical y la de los partidos políticos. Después de que estén legalizados, automáticamente, les iban a pedir elecciones”, reflexionó Juan Gasparini.

Así simuló Juan y ayudó a los demás. Una simulación que nunca se sabrá si dio resultado, pero que se registró como un acto más de resistencia que trascendió a través de los años y que hoy él la recuerda como su herramienta de supervivencia en la ESMA.

Nilda Actis Goretta, también aseguró que su discurso frente a los militares fue siempre simular que estaba bien y que quería ser una buena mujer de acuerdo a las pautas de sus captores. Claro está que contó que nunca podrá saber si logró engañarlos o no. “En esta simulación, lo que siempre decía era que quería ser una “chica buena” y vivir en una casa con plantas y macetas, pero no sé si eso se lo creyeron”.

Además confesó que, en varias oportunidades, cuando hacía también trabajo esclavo, logró hablar con más de un marino sobre el tema de la simulación y se llevó la sorpresa de que esto no era creído. “Dentro de la ESMA, tuve la oportunidad de charlar con alguno que otro militar que me dijeron: vos que te creías tan “cancherita” y simulabas tantas cosas, pero yo sabía que no era verdad”.

Sin embargo, ella piensa que la efectividad de sus actos de simulación dependió de la relación que estableció con los militares. “A pesar de ser torturadores, eran personas y verse, por un año o más, todos los días, quieras o no se generaba una relación. Ahora, ¿cuál es el tipo de relación? no se sabe”, finalizó Munú.

Hubo mujeres que tuvieron relaciones sexuales o incluso de pareja con los captores. En la sentencia de la Megacausa ESMA se mencionó como causal el síndrome de Estocolmo, pero esta es una discusión que recién comienza, a partir de las sentencias de

la Corte Penal Internacional de La Haya en relación a los crímenes sexuales en conflictos armados en Ruanda y Bosnia.

Fue de gran importancia simular día y noche en la ESMA. De eso dependía la vida y una futura liberación. Otro caso de simulación, que no se desarrolló en la Escuela Mecánica, pero que vale la pena traer a colación, es el de los padres de Laura Alcoba, quien en su novela “La Casa de los Conejos” contó a fondo cómo tuvo que vivir, una parte de su infancia, aparentando todo el tiempo para que su familia y los que militaban no fueran capturados por las Fuerzas Armadas.

“La Casa de los Conejos” es un libro que narra la historia de cómo funcionó, por años, una casa clandestina de Montoneros. Sin embargo, no fue una cualquiera. En ella, se producía el diario “Evita Montonera”, una publicación que no convenía a los militares que estuviera en la calle.

La casa fue una fachada. Para todo el mundo fue un hogar donde se criaban y se vendían conejos, pero para muy pocos el único lugar donde se podía escribir en contra del régimen y hacerlo público. Este lugar, fue claramente un ejemplo de simulación. No solamente por lo que significó en la dictadura, sino porque los protagonistas de la historia vivieron simulando desde que se levantaban hasta que se iban a la cama, con la intención de no morir en el intento.

Según contó Alcoba, en ese lugar, los nervios y la ansiedad se aplacaban limpiando pistolas y fusiles, acomodando granadas, o en “mateadas” fugaces y amenas. Mientras todo eso pasaba, en la calle, otros compañeros de sus padres morían o desaparecían.

El libro está narrado desde la perspectiva de una niña de siete años (Laura Alcoba) y cuenta cómo ella fue obligada a entrar en una guerra que hizo parte de su pasado y ahora hace parte de su presente. Narra también la simulación que tuvo que aprender a llevar a diario para que, a pesar de su inocencia de niña, no cometiera errores que le hubieran podido costar la vida a ella, a sus padres y a sus conocidos.

No es para menos. Laura, junto a su madre, vivió en la ciudad de La Plata (Provincia de Buenos Aires). En aquel entonces, la madre tenía que evitar la calle, pero cuando no tenía más remedio se cambiaba el color del pelo, los ojos y la forma de vestir. Todo hacía parte de una gran simulación que le permitió seguir operando desde la clandestinidad. Sin embargo, para la niña se convirtió en un cambio radical donde descubrió el secreto, el encierro y el miedo.

Pero en los recuerdos de Laura, todavía existe lo que vivió en esa casa y cómo debió enfrentar muchos eventos donde aparentar le ayudó a ella, a su familia y a sus amigos a no ser descubiertos por el régimen.

“Mi padre y mi madre esconden ahí arriba armas, periódicos, pero yo no debo decir nada. La gente no sabe que a nosotros, sólo a nosotros, nos han forzado a entrar en guerra. No lo entenderían. No por el momento”¹⁸, contó Alcoba en “La Casa de los Conejos”.

¹⁸ Alcoba, Laura. (2010) “La Casa de los Conejos” – Buenos Aires: Edhasa.

Episodios muy similares se pueden ver a lo largo de los renglones del revelador libro, pero hay uno que, desde la inocencia de una niña, puede reflejar claramente que la simulación fue una práctica de resistencia durante la dictadura militar.

Mientras vivió en “La Casa de los Conejos”, Laura siempre se asomaba por la ventana para ver qué pasaba afuera. Lo hacía en ocasiones porque no tenía mucho que hacer y así distraía su mente.

Siempre, a las seis de la tarde, su vecina, una mujer que lograba llevarse la mirada de todos los hombres por su cabellera, su faldas y sus tacones, pasaba por enfrente de la casa de Laura. En ocasiones, las dos cruzaban sus miradas, pero la niña sabía que no podía hacer más. Ni hablarle, ni preguntarle dónde había comprado esos imponentes zapatos.

Un día, relató en su libro, viéndola como siempre, sola y fascinada ante la aparición de la vecina por la esquina, pasó algo que ella no esperó que sucediera: la invitó a su casa. Ella aceptó y entró con la mujer. Con toda la amabilidad del caso le ofreció leche y galletas, todo esto antes de hacerla pasar a su cuarto.

“Vení, tenés que ayudarme”, le dijo y abrió un armario donde había una innumerable cantidad de zapatos. “¿Son lindos?”, le preguntó. La niña respondió “sí”. Después la invitó a tocarlos y a probarlos. Por la cabeza de la pequeña sólo pasaron las recomendaciones que su madre y sus amigos le habían hecho de no hablar ni comentar nada con nadie.

Así pasaron un buen rato, en medio de zapatos y vestidos. Sin embargo, toda la fantasía terminó y Laura volvió a su casa, “La Casa de los Conejos”.

Estaba sentada en su casa, no había comentado lo de la vecina porque sabía que iba a ser un problema. Estaba prohibido hablar con gente desconocida y mucho menos entrar a sus casas. De repente, vio que su madre entró por la puerta y le preguntó, de manera muy fuerte y agresiva: “¿me podés explicar qué pasó con la vecina?”. Muy nerviosa, la pequeña contestó que no había pasado nada. La madre, más enfurecida, le dijo que le contara sobre qué había hablado con la mujer de la casa del lado. Ella siguió en su postura y le volvió a afirmar la respuesta inicial y le explicó que sólo le había mostrado sus zapatos.

La niña comenzó a llorar porque sabía que había cometido un error grave y que “La Casa de los Conejos” podría ser descubierta.

Una amiga de la mamá de Laura logró controlar el momento y le hizo saber a la pequeña que la vecina había ido a la casa a preguntar por la niña sin apellido. La chica no recordó nada al respecto, pero cuando esta amiga comenzó a describir qué fue lo que pasó, la pequeña se acordó que la mujer, en medio de las preguntas sobre los zapatos, también le preguntó su nombre a lo cual ella contestó “Laura”, pero no pudo recordar, por pánico quizá, lo que le dijo después.

Según se cita en el libro, la niña sabía que tenía que simular en todo momento y que no podía dar nombres ni nada con lo que pudieran identificarla. De hacerlo, podría poner en peligro a todos. El hecho de que la vecina le contara al resto de los residentes del

barrio que había una niña sin apellido, la tuvo por mucho tiempo intranquila. Sin embargo, nunca pasó nada y la vecina nunca más apareció.

Además, confesó que ella sabía que sobre su madre existía un pedido de captura y que estaban esperando que les dieran documentos y nombres falsos para continuar con la simulación.

Lo importante para resaltar aquí, es ver como una niña también hizo parte de todo un montaje y una simulación para conservar la vida. Si ella hablaba, tenía el mismo peso que si hablaba un militante, porque iban a poder dar con la casa y con la gran fachada que se había montado en torno a ella.

Entonces, queda demostrado una vez más, que simular o aparentar fue una práctica de resistencia utilizada a menudo por los militantes que se opusieron al régimen ya sea en situación de secuestrado o para evitar ser descubiertos. Por esta razón, aquellos que se encontraban fuera, día a día, tuvieron que montar una nueva vida, una nueva historia y hacerla creer a todos para no caer.

SILENCIO

Después de secuestrar, los militares llevaban a los prisioneros a la ESMA donde, a través de la tortura, pretendían obtener información. Sin embargo, muchos callaron y nunca dijeron algo que pudiera involucrar a un compañero que estuviera libre. Por eso, el silencio se convirtió en una práctica de resistencia que muchos aplicaron durante el cautiverio.

Es importante recordar, una vez más, que nunca se supo a ciencia cierta qué eficacia tuvo callar. Lo que sí es importante resaltar es que el silencio fue visto por los secuestrados como un acto de valentía y de resistencia.

Enrique Mario Fukman tenía 21 años cuando fue secuestrado entre la Av. La Plata y Av. San Juan (Ciudad de Buenos Aires). Él, al igual que muchos, fue sorprendido por tres hombres que lo tiraron al piso, lo esposaron, lo subieron a un auto y le comenzaron a preguntar por sus compañeros.

Fukman, conocido como “Cachito”, fue militante de la organización Montoneros y estuvo 15 meses secuestrado en la ESMA donde aprendió que el silencio valía oro ahí dentro. Aseguró que no dar nombres ni direcciones ayudó a que muchos compañeros no cayeran en manos de los militares.

“No dar nombres ni direcciones para que no caiga otro compañero. Callar para que a nadie le pase lo que te estaba pasando a vos. Aguantar lo que sea, pero que a tu compañero no le pase lo que estabas viviendo vos”, contó.

Lo que menos querían los que ya habían sido secuestrados era que sus compañeros pasaran por lo mismo: la tortura, el encierro, la incertidumbre entre la vida y la muerte, los grilletes, la capucha, etc.. Por eso siempre trataron de guardar silencio, desde el primer día de su caída, sin importar lo que les hicieran.

Sin embargo, no todo fue así. Según Nilda Actis Goretta (Munú), en la ESMA hubo quienes hablaron para protegerse, pero también existieron quienes nunca soltaron ningún dato, pese a la tortura y la humillación a la que fueron sometidos.

“Puede que haya habido gente que nunca dijo nada y otra que sí. Yo creo que hubo algunos que mantuvieron el silencio a pesar de las torturas y el infierno que se vivió en la ESMA”. Además añadió que “hubo gente que quizá dio información de citas que le facilitó a los militares secuestrar a más de los nuestros”.

Al igual que la mentira y la simulación, el silencio no tuvo un mecanismo sistemático que dijera cuándo hablar y cuándo callar. Fueron circunstanciales. No fue una regla que el hecho de hablar más garantizara la vida o viceversa.

Para Fukman no dar un dato fue muy importante, fue como una regla, pero creada por él. Sin embargo Munú cree que, si bien hubo gente que no habló, también hubo mucha que sí lo hizo. Todo dependió del momento por el que pasó cada uno.

En líneas generales, según lo que contó Munú, hay una creencia (que no es cierta) que apunta a que los secuestrados que dieron información durante la tortura se convirtieron en colaboradores y sobrevivieron por eso.

“Esto no tiene nada que ver con la realidad. Hay gente que habló muchísimo y está viva y hay quienes hablaron de más y están muertos”, aseguró.

Por otra parte, una especulación que se hizo fue asegurar que dar un dato o no te mantenía con vida. Muchos pensaron que el hecho de ser colaborador de las Fuerzas Armadas era un “pase” a la libertad, aspecto con el que tampoco estuvo de acuerdo Munú. “La verdad yo no creo que haya existido eso. A lo mejor alguien lo hizo, pero la gente no daba la información por que tenía un convencimiento ideológico, político de lo que estaba haciendo. No por una especulación personal”, aseguró la ex secuestrada. “Creo que hubo quienes nunca dieron información y supongo que de esos deben haber vivos y muertos”, finalizó.

Por último, Munú es partidaria de que la conducta durante la tortura no fue una medida que tuvieron los militares presente cuando decidieron dejar vivo a alguien. “Tu comportamiento en la tortura no es un parámetro de resistencia. Es más, los militares confiaban más en una persona que resistía en la tortura, que en una persona que decía: no me toques, vamos a negociar”, sostuvo.

En esta parte de la investigación, algo importante que señalar, más allá de constatar si el silencio fue o no una práctica de resistencia eficaz, fue el hecho de que hubo, según Munú, secuestrados que no dieron nombres, pero sí contaron cómo funcionaba la organización de los montoneros. Para ella eso fue tan importante como dar el nombre de un compañero o una dirección. De hecho, los militares contaban con un organigrama detallado sobre cómo funcionaban militarmente los montoneros y gracias a él pudieron saber quién era comandante jefe, a quién podían atacar, cómo y en dónde.

El silencio formó parte de las Prácticas de Resistencia. Cada uno lo manejó como pudo, pero formó parte. De hecho, los libros consultados en esta investigación y las entrevistas realizadas, dejan ver que en todo momento callar fue un acto, por lo menos al principio, que todos siguieron.

Por esa razón, Miguel Bonasso, en su libro “Recuerdos de la Muerte”, Laura Alcoba, en “La Casa de los Conejos”, Miriam Lewis, Munú Actis, Liliana Gardella, Cristina Aldini y Elisa Tokar, en “Ese Infierno: conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA”, destacan el silencio como una acción que estuvo siempre presente en el cautiverio.

Si bien muchos sobrevivientes testimoniaron y rompieron el silencio al finalizar el régimen, (en tribunales y desde la clandestinidad) también hubo quienes se tomaron un tiempo para hacer públicas sus experiencias personales en la ESMA, más allá de que hayan declarado lo fáctico mucho antes, en los albores de la democracia o aun más temprano. Esta idea la dejan clara Miriam Lewin y sus compañeras (que ya declararon en numerosas ocasiones ante la ley desde que terminó la dictadura militar) en el libro mencionado en el párrafo anterior, donde narraron, veinte años después, sus propias historias íntimas en la ESMA a través de un centenar de páginas. Según ellas, durante ese tiempo sanaron heridas, se reincorporaron a la sociedad y pudieron volver a tener una vida normal.

“Sentimos la urgencia de hablar. Hace más de veinte años ya que fuimos secuestradas y llevadas a la ESMA. Allí compartimos una experiencia horrorosa que durante mucho tiempo juzgamos intransmisible. Describir la vida en el campo no es fácil. Contar cómo

transcurría la existencia adentro, por qué y cómo se trabaja para sobrevivir, cómo se fingía permanentemente frente a los marinos y a muchos prisioneros una recuperación y un arrepentimiento”¹⁹, aseveraron las autoras del libro.

Con estas palabras tan claras se puede identificar la magnitud y la importancia que fue resistir a través del silencio, la mentira y la simulación dentro de la Escuela de Mecánica de la Armada. Fue una batalla para poder sobrevivir y poder darle una mano a los secuestrados que llegaban todos los días.

Como ellas lo describen, el paso por la ESMA fue terrorífico, inexplicable. Sin embargo, y aunque ya habían declarado ante la justicia, hubo vivencias personales relacionadas con la cotidianidad que vivieron allí que decidieron darlas a conocer a través de un libro. Sin duda, un acto de valentía, ya que guardaron estas anécdotas hasta que sintieron que estaban preparadas para contarlas.

En palabras de ellas: “tuvimos la necesidad de hablar de estas cosas antes de que se diluyeran en nuestras memorias. Esperamos dos décadas para hacerlo porque nuestros tiempos internos sólo coinciden ahora. Lo que compartimos generará, tal vez, distintas reacciones pero estamos preparadas para atravesar esa prueba. Decidimos contar el dolor en forma de conversaciones entre nosotras. Queremos que conozcan la dimensión humana de esta historia”.²⁰

¹⁹ Actis Nilda, Aldini Cristina, Gardella Liliana, Lewin Miriam, Tokar Elisa. (2001) “Ese Infierno: conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes a la ESMA” – Bueno Aires: Sudamericana.

²⁰ Actis Nilda, Aldini Cristina, Gardella Liliana, Lewin Miriam, Tokar Elisa. (2001) “Ese Infierno: conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes a la ESMA” – Bueno Aires: Sudamericana.

Plantear el silencio como práctica de resistencia encerró muchos aspectos importantes durante la dictadura militar. Hablar, es una condición humana que todos hacemos de forma natural. Sin embargo, actuar con naturalidad y no seguir las “reglas de juego” de los marinos podría haber significado la vida.

De igual manera, no sólo fue necesario guardar el silencio durante la tortura, sino durante todo el tiempo del cautiverio. Si bien todos los secuestrados estuvieron en situaciones similares, lo poco que se dijo fue pensado más de una vez. Nadie sabía quién era realmente y cómo se hubiera comportado, frente a una presión de los represores, el hombre o mujer que estuvo al lado, y cualquier comentario pudo haber sido utilizado en contra de uno.

Varios entrevistados aseguraron que hubo días enteros, en la Escuela Mecánica, donde no se escuchaba sino el tacón de las botas de los militares que iban de un lado a otro haciendo su guardia de rutina. Además, a ese silencio voluntario se le sumó la prohibición, impuestas por los militares, de comunicarse entre los secuestrados.

Todo hacía parte de un juego macabro, por parte de las Fuerzas Armadas, para destruir la autoestima de los prisioneros en cautiverio y así poder cumplir con su plan de aplacar cualquier manifestación en contra del régimen.

Sin embargo el silencio, la mentira y la simulación hicieron más llevadera, por así decirlo, la vida dentro de la ESMA. Estas prácticas, junto a otros actos de resistencia, siempre quedarán grabadas en lo más profundo de los que hoy cuentan la historia.

ESMA

Todas estas historias de supervivencia son contadas por hombres y mujeres que estuvieron detenidos en la Escuela Mecánica de la Armada. Si bien existieron muchos más centros de detención, a lo largo y ancho de Argentina, la ESMA se convirtió en el más nombrado y conocido por su infraestructura, sus características, su ubicación geográfica y especialmente por los casos concretos de muertes que sucedieron dentro de sus paredes.

Hoy en día este lugar se ha convertido en un Instituto Espacio para la Memoria con la firme intención de recordar a los argentinos, y al mundo entero, las violaciones a los Derechos Humanos que se cometieron allí.

Durante la última dictadura militar, en ese espacio funcionaron (como menciona Miriam Lewin y sus compañeras en el libro “Ese Infierno: conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA”), dos estructuras represivas: la conocida como “Grupo de Tareas” (GT) y la denominada Servicio de Inteligencia Naval.

La ESMA se encuentra ubicada geográficamente en la zona norte de la Capital Federal. Su superficie está constituida por varios edificios. Uno es el de la Escuela de Mecánica de la Armada propiamente dicho, el segundo es el de la Escuela de Guerra Naval y el tercero el del Casino de Oficiales.

Si bien todos eran importantes, el Casino de Oficiales fue el lugar donde el “Grupo de Tareas” tuvo su base operativa y donde estuvieron todos los secuestrados que fueron

torturados, y gran parte de ellos desaparecidos. El Casino tiene tres pisos, un sótano y un altillo (también conocido como “Capucha”). Sin embargo, según publicó el libro del informe de la Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas, “Nunca Más”, la distribución de las celdas y los cuartos de castigo fueron modificadas en varias ocasiones por los propios militares.

El cuarto de tortura sólo contaba con una cama de hierro a la que era atado el secuestrado, una repisa para la picana (descargas eléctricas) y una silla donde se sentaba el torturador. Además, uno de los cuartos del Casino funcionó como una enfermería con dos camas y dos pequeños armarios de vidrio que contenían medicinas. En este lugar, durante un periodo, se atendieron a los secuestrados que llegaron heridos y a las embarazadas en el momento que iban a dar a luz. Según cuentan Miriam Lewin y sus compañeras, todo allí dentro olía a sangre y suciedad.

La reconstrucción de los lugares que existen hoy en día, como la que figura en los libros “Nunca Más” y “Ese infierno: conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes a la ESMA”, fueron hechas por los que lograron salir con vida del cautiverio en distintos momentos.

De igual manera, este capítulo tiene como objetivo mostrar cuál es la opinión personal de algunos sobrevivientes sobre el nuevo significado que se le dio a este espacio, convirtiéndolo de un lugar donde se cometieron atrocidades a un Espacio para la Memoria, que hará siempre el papel de recordar por lo que pasó el país en la década de 1970 y principios de 1980.

Nilda Actis Goretta (Munú), sobreviviente y participante en el proceso de reconstrucción de la ESMA, aseguró que está de acuerdo con la resignificación que le dieron a la Escuela Mecánica de la Armada porque, en cierta manera, ayuda a no dejar en el olvido lo que pasó ahí dentro. Sin embargo, también confesó que habló con varios compañeros que no estuvieron de acuerdo.

Por su parte, Juan Gasparini, tiene una opinión muy parecida a la de Munú, pero comentó varios puntos importantes sobre por qué la ESMA es hoy un Espacio para la Memoria.

“Hay varios casos atroces cometidos en la Escuela de Mecánica de la Armada que hacen que ese centro clandestino de detención haya resaltado en relación a otros que existieron en Argentina. Ahí mataron a dos monjas francesas²¹ que no tuvieron nada que ver con la dictadura, ahí fue llevado el cuerpo de un periodista²² muy importante de Argentina que fue asesinado... entonces hicieron que ese campo de concentración tuviera una visualización importante y que terminará siendo un poco representativo de la locura represiva de esos años”, contó Gasparini.

Por esa razón, este sobreviviente está de acuerdo con lo que hicieron con la ESMA hoy en día. Resaltó lo importante que es que la gente sepa y pueda tener acceso a lo que pasó durante el régimen. “Que lo hayan elegido para hacer un Espacio para la Memoria, a mí me parece saludable ya que es un recuerdo permanente a la ciudadanía de qué fue lo que ocurrió durante la dictadura”, aseguró.

²¹ Las monjas francesas sólo auxiliaban y apoyaban a los familiares en búsqueda de los desaparecidos.

²² Rodolfo Walsh

Por otro lado, algunos ex secuestrados y sobrevivientes también creen que el espacio debe quedar tal y como estuvo cuando pasó el genocidio. Piensan que si lo van a dejar en pie, es mejor que no le hagan cambios arquitectónicos porque perdería mucho significado. Apuntaron a que debe ser un lugar para recordar que aún hay muchos desaparecidos que se deberán seguir siendo buscados hasta el cansancio y también servirá para hacer pagar a los que cometieron esa violación masiva de Derechos Humanos.

Actualmente, la Escuela Mecánica de la Armada está abierta al público y cuenta con visitas guiadas para recorrer cada uno de los edificios que la componen. Mariana Crocchia, guía encargada en la ESMA, aseguró también que, si bien ahí nacieron las Prácticas de Resistencia, los que se salvaron nunca supieron (ni sabrán) por qué contaron con esa suerte. Además, los que lograron recuperar la libertad, lo hicieron bajo una serie de amenazas. “Ningún sobreviviente salió con un discurso del opresor”, contó Mariana.

CONCLUSIONES

Las Prácticas de Resistencia en la ESMA sí existieron. De eso no cabe duda. Sin embargo, nunca existió un manual para aprenderlas. Cada uno actuó de la manera como creyó conveniente en ese momento. Por esa razón, no hubo héroes ni traidores.

En los libros consultados para esta investigación, en varias ocasiones, se habló de traición por parte de algunos secuestrados que decidieron colaborar con los militares, dándoles algún tipo de información que los ayudó a seguir con su misión de secuestrar y torturar.

Sin embargo, Juan Gasparini, cree que no hubo héroes ni traidores y aseguró que la situación fue extrema y cada quien se hizo responsable de sus propios actos. “Yo creo que son momentos de extrema vulnerabilidad del ser humano, de ataques masivos a la libertad de la gente donde existió una gama de los “grises” que, según cuanto más gris, más blanco o más negro era tu situación, actuabas. Fue una responsabilidad individual”, aseguró. “Hubo una resistencia colectiva”, añadió.

También reconoció que hubo una especie de conversión a los principios de la dictadura y algunos secuestrados colaboraron con ellos. Incluso, algunos les dijeron cómo tenían que operar para capturar más gente, pero confirmó que traicionar, en esos casos, no coincidía con la condición humana.

Hubo gente que supo mantener el engaño, el silencio y no colaboró. Eso, no los hizo mejores o peores que otros. La idea fue resistir, de cualquier forma, y no permitir que las Fuerzas Armadas sacaran, con violencia, información para expandir su represión.

Por otro lado, algo que sí quedó claro, fue que los hombres y mujeres que salieron vivos de la ESMA, lo hicieron por voluntad de los militares. Nunca hubo una explicación de por qué se salvaron unos y otros no. Además, cuando salieron, estuvieron por mucho tiempo vigilados y en calidad de sospechosos.

Nilda Actis Goretta (Munú) contó que fue seleccionada para formar parte del “plan de recuperación” que pretendían los militares hacer con todos los secuestrados y por eso ella cree que la liberaron. Ahora bien, que esa haya sido la verdadera razón, no lo sabe con certeza. “No sé por qué me eligieron a mi y no a otros. Eso no lo sé, eso lo saben ellos directamente”, contó. “Si los militares no hubieran pensado que estábamos recuperados, no nos hubieran dejado en libertad”, añadió.

Sólo cada secuestrado, en su interior, sabía con exactitud qué hizo y qué no para salir vivo de la ESMA. Por lo menos, Munú lo ve así. “Yo sé, y sólo yo sé cómo actué en ese momento de mi vida ante esa situación. Si yo atravesara hoy esa misma situación no sé cómo actuaría. Eso depende de tu momento y de tus posibilidades”, afirmó.

También es importante rescatar como conclusión que todos los actos, durante todo el tiempo que estuvieron los secuestrados en manos de los militares, fueron gestos y actos de resistencia. “Todo hacía parte de resistir ante el régimen. Cómo te vestías, cómo te relacionabas con los compañeros y con los guardias, todo era importante”, aseguró

Munú. Sin embargo, nada garantizaba la vida en la ESMA. El límite lo iba poniendo cada uno en cada circunstancia que vivió ahí dentro.

Ahora, después de ser liberados, los secuestrados sobrevivientes, tuvieron que empezar de nuevo una vida sabiendo que muchos compañeros habían muerto y desaparecido. Si bien muchos se demoraron para hablar o testimoniar ante la justicia, cuando lo hicieron, sintieron que era el momento.

Una vez que alguien fue liberado, este tenía que realinearse con el campo popular o sectores civiles y la única forma de hacerlo fue testimoniando y hablando de todo lo que pasó en la Escuela de Mecánica de la Armada.

Por otro lado, los militares, pensaron que los pocos que quedaron vivos nunca iban a hablar y que nunca pagarían por lo que hicieron. En cierto modo, imaginaron que si ellos salvaban a algunos, estos se lo agradecerían con el silencio. Juan Gasparini lo resumió en una frase: “nosotros te damos la vida y a cambio vos pagás con el silencio. Hay una condición humana que te dice no denunciar a tus verdugos”, sostuvo.

Es importante saber que los únicos que pueden testimoniar más fielmente son los que pasaron por la ESMA. Después, cualquier conclusión, hipótesis, o anécdota son hechos que pueden ser tomados en cuenta, pero que no tienen validez oficial. Nadie podrá decir entonces quién habló menos, quién habló más, etc..

Los problemas para los secuestrados siguen hasta el día de hoy. Según las entrevistas realizadas, cuando alguno testimonió, los inconvenientes empezaron a aparecer en sus

vidas. Por más que pasaron los años, todos los días hay algo que les recuerda el paso por ese horrible lugar. Además los militares nunca quisieron, ni quieren, pagar por la violación de Derechos Humanos colectiva que cometieron. “Estos tipos no quieren pagar un precio por lo que hicieron”, aseguró Gasparini. De haberlo intuido, no hubiera sobrevivido nadie. “Si las Fuerzas Armadas hubieran pronosticado lo de los juicios y que se iba a conocer todo, no nos hubieran dejado vivos”, añadió.

La dictadura militar transformó la estructura económica y social del país. El control de la sociedad, a partir de diversas formas de violencia política, fue acompañado por sofisticadas herramientas de persuasión que buscaban lograr un consenso hacia su “Plan de Reorganización Nacional”.

Se trató de un discurso que no se limitó a plantear la situación político-social desde un determinado lugar social, sino que aspiró a construir, según los militares, una “Argentina decente” que enfrentaría a una minoría de gente peligrosa y dañina, pero no claramente identificada y, por lo tanto, escondida en cualquier recinto privado.

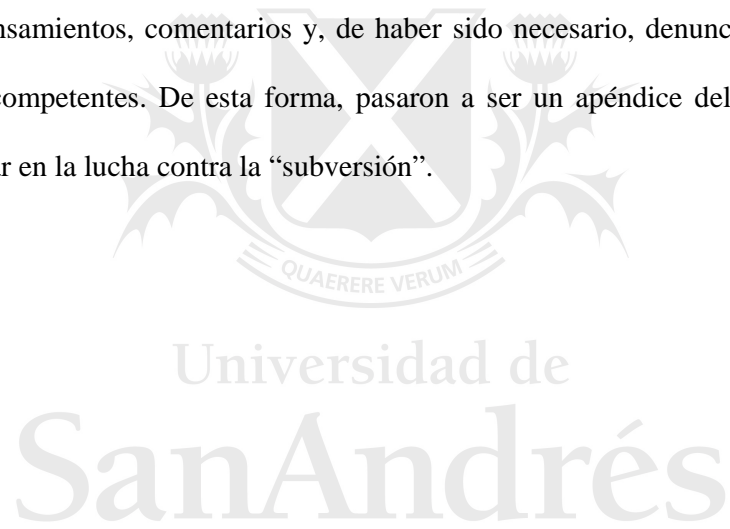
De allí, la dictadura se impuso en todos los órdenes de la vida privada, cotidiana, familiar, educativa y pautó el comportamiento que para ella era “correcto” en cada ámbito de convivencia, trasladando a todos los campos su lógica represiva militar.

Los militares alcanzaron al poder acompañados de un programa de reorganización de la vida familiar que se presentó como una forma natural de organización. Sus rasgos fueron la sumisión a la autoridad (paterna) por parte del obediente (mujeres e hijos) y la vigilancia (policial) constante entre todos, pero de manera especial sobre los niños,

niñas y jóvenes que, tanto por cuestiones ideológicas como biológicas, pudieran alejarse del ideal familiar.

De esta forma, la familia se convirtió en el eslabón fundamental del desarrollo social propuesto por el gobierno militar.

En este proceso, las mujeres, según la mirada dictatorial, jugaron un papel fundamental. El ser madres las convirtió en seres capaces, “por su privilegiada cercanía” con el cuidado de los hijos, de protegerlos de la subversión, controlar las actividades, actitudes, pensamientos, comentarios y, de haber sido necesario, denunciarlos ante las autoridades competentes. De esta forma, pasaron a ser un apéndice del poder militar para colaborar en la lucha contra la “subversión”.



OTROS ACTOS DE RESISTENCIA

El silencio, la mentira y la simulación, no fueron las únicas Prácticas de Resistencia. Si bien son las que rescatan los libros, las entrevistas y los videos consultados, existieron una serie de actos que también ayudaron a que los secuestrados tuvieran una luz en medio de la oscuridad.

Actos que serían imposible plasmar en su totalidad. Son anécdotas y recuerdos que permanecieron en la mente de los ex secuestrados que sobrevivieron y que se han conocido a través de los años.

Esto, dejando en claro dos casos atípicos, dos fugas. Se trata de los casos de Horacio Domingo Maggio, alias “Nariz” y de Jaime Dri, alias “El Pelado” que, cada uno por su parte y aprovechando la confianza generada en los represores, a través de la mentira y la simulación, escaparon. Infelizmente, “Nariz” fue relocalizado, asesinado y su cadáver, con un fin ejemplarizante, fue exhibido en la ESMA ante todos los secuestrados que lo habían conocido, en octubre de 1978.

Por eso, es importante rescatar algunos de ellos y dejar claro que existieron. Hoy, estos actos, forman parte de la historia y de la memoria de todo un país.

“Víctor Bastera era el encargado de falsificar documentos por orden de los militares. Era Tipógrafo Gráfico. Él fue guardando una copia de los negativos de las fotos de los milicos. Cada vez que lo llevaban a su casa se llevaba un rollo con fotos. Arriesgó su vida porque donde cayera lo mataban. Le daba las fotos a compañeros que habían sido

liberados, compañeros que sentían mucho miedo, pero en vez de negarse, guardaban las fotos que Víctor les daba arriesgando su vida. Lo hacía con la ilusión de que el día de mañana, reconocieran a los que habían sembrado terror en el país”

Enrique Fukman

“Yo conocí a una mujer embarazada que secuestró la Fuerza Aérea y que cuando iba a dar a luz la llevaron a la ESMA. Ahí la conocí y pude verla. Cuando nació el niño, ella me entregó una carta y me dijo: si sobrevives, entrégale esto a mi familia y diles que el niño nació, que se va a llamar Ezequiel.

Al represor lo iban a detener, él se escapó, pero lograron identificar al muchacho. El chico es el nieto número 102. Es decir, por una carta que yo mandé en 1980 a la abuela, 30 años después, se verificó lo que yo dije en esa carta”

Juan Gasparini

“Andrea Bello, otra compañera secuestrada, usaba botas anchas y polleras largas. A ella la habían llevado a trabajar a la parte de inteligencia. Arreglaba los ficheros en donde estaban puestos los próximos blancos, pero que por alguna razón, hasta el momento, no los habían podido secuestrar. Lo que hacía Andrea, cada vez que podía, era sacar una de esas carpetas, se la metía en la bota y cuando llegaba a su casa la quemaba. Ella sacó información para tratar, de alguna forma, de que ese compañero, que estaba en la mira, no fuera secuestrado. En este caso también, ella arriesgó su vida”.

Enrique Fukman

“Tratar de ser solidario y comprensivo. Animar a los otros compañeros que estaban en situaciones peores a pesar que la de uno era terrible. Así fuera con un simple apretón de hombro en la fila, cuando nos llevaban al baño, fue un signo de confianza, de que no estabas solo. Esa, es una forma de resistencia primaria y elemental. Pequeña, porque seguramente no habrá trascendido más allá y el hombre o la mujer que a mí me apretó el hombro desde atrás (que yo nunca supe quién fue), seguramente esté muerto, pero que generó en mi la confianza de la resistencia a pesar de que yo tampoco tenía ninguna garantía de vida”.

Carlos Lordkipanidse

“Por sobre todas las cosas generar fuentes de trabajo. Vos sabías, por ejemplo, que en el sector de capucha había un muchacho que era técnico en máquinas de escribir. Entonces, nosotros rompíamos las máquinas para que los militares tuvieran la necesidad de arreglarlas y así, llamaran a este chico que conocía el tema y mostrara que era efectivo, necesario y que les podía servir. Así generamos situaciones de supervivencia”.

Carlos Lordkipanidse

REFLEXIONES PROFESIONALES Y PERSONALES DE LA METODOLOGÍA APLICADA EN ESTA INVESTIGACIÓN

El tema que escogí para esta investigación es un tema muy complejo. No sólo porque marcó la historia de un país, sino porque a lo largo del proceso de recolección de información y redacción me di cuenta que tenía muchos matices grises y blancos. Además, a esto se añadía el escaso conocimiento que tenía, por ser extranjero, de los eventos que sucedieron durante la última dictadura militar en Argentina y del contexto histórico local.

Sin embargo, con la ayuda de mi tutora, Miriam Lewin, logré enfocarme de una manera profesional frente al tema de investigación. Ella compartió conmigo sus contactos personales para facilitar mi investigación y estuvo presente para guiarme de la mejor manera.

La metodología utilizada en el desarrollo de la investigación se basó, fundamentalmente, en entrevistas personales realizadas a los ex detenidos y, a partir de sus experiencias, poder crear un documento sólido y entendible para todo tipo de público.

Quiero dejar claro que las entrevistas realizadas para esta investigación fueron las que más tiempo me llevaron en el proceso. A pesar de tener los contactos, los entrevistados, en ocasiones, no disponían del tiempo necesario (algunos viven fuera del país) para darme un cita. Además, por ser un tema tan sensible, me tocó encarar el tema con

profesionalidad y no hacer comentarios o preguntas que resultaran incómodas para ellos.

Por su parte, la lectura también fue un paso muy importante en la metodología. Los libros, recomendados por Lewin y otros ex detenidos sobrevivientes, lograron contextualizarme más acerca de los eventos de la década de 1970, el accionar de los militares y el proceso por el que pasaron las guerrillas (Montoneros y Ejército de Revolución Nacional). Fue gracias a estos textos que descubrí las Prácticas de Resistencia que plasmé a lo largo de la investigación. De igual forma, reforcé cada concepto con las entrevistas que sostuve con personajes involucrados en los hechos.

El proceso de recolección de información lo inicié meses atrás con la lectura que, por la densidad de los libros y documentos, me tomó más de cuatro meses. Tiempo que alterné con entrevistas, análisis de videos, situaciones y hechos concretos que fui descubriendo con el pasar de las páginas de cada uno de los textos.

Cabe aclarar que también obtuve información de artículos periodísticos publicados por diversos medios de comunicación.

Cuando finalicé el proceso de lectura, la etapa siguiente fue la de limitar el tema y tratar de encajar, en tres Prácticas de Resistencia, toda la información adquirida y recolectada.

Tiempo en el que también estuvo Lewin para guiar el proceso.

Después empecé con la redacción y el cruce de información. Si bien tenía claro lo que quería escribir, el material era extenso. Fue un proceso largo y muy preciso el que tuve que hacer para dejar claro, en pocas hojas, el objetivo final del trabajo.

Tras un prólogo introductorio, en el que se hace referencia a la situación extrema que se vivió en la ESMA, mi trabajo de investigación se centra en el contexto y accionar de los militares durante la última dictadura militar en Argentina. En este apartado, pretendo explicar los principales acontecimientos que tuvieron lugar en el plano social, económico y político durante ese periodo. Como periodista, esta parte del trabajo fue algo compleja ya que me tocó adentrarme en la historia de un país intentando conservar el rigor y la objetividad.

A continuación, se desprenden tres capítulos: Mentira, Simulación y Silencio. En cada uno de ellos explico, basándome en lo leído y en las entrevistas, cómo fue que estas Prácticas de Resistencia ayudaron a mantener la esperanza de sobrevivir.

Mi investigación, trata fundamentalmente sobre eso: las Prácticas de Resistencia que se generaron durante el último régimen militar en Argentina y más precisamente en la Escuela Mecánica de la Armada (ESMA).

También escribí un capítulo dedicado a la ESMA que busca mostrar cómo funcionó y cómo funciona actualmente lo que un día fue el centro clandestino de detención más importante de Argentina. Ahí, también dejé claro la postura de los ex detenidos sobrevivientes acerca de la resignificación de ese lugar, que pasó de ser una prisión ilegal para convertirse en un Instituto Espacio para la Memoria.

Por último redacté las conclusiones y un capítulo referido a otros actos de resistencia que consideré importantes y dicentes. Los mismos ayudaron a salvar a algunos y dieron fe a otros.

Durante el proceso utilicé las técnicas de investigación que expone el periodista argentino Daniel Santoro, reconocido por su aporte al periodismo desde esta disciplina, en su libro “Técnicas de Investigación”. La recolección de información, el buen manejo de las fuentes, el cruce de datos, el uso de Internet y el redactar de una manera llamativa, fueron también factores importantes a la hora de completar este proyecto.

En lo personal, esta investigación, me ayudó a creer más en mí. Me mostró varios hechos que desconocía e hizo que mi cabeza trabajara en función de un objetivo claro. A esto debo añadirle la riqueza cultural que adquirí leyendo, durante horas, procesos que, de no ser por este trabajo, hubiera obviado de mi vida. Hoy, después de escribir este proyecto, me siento orgulloso de lo que logré con disciplina y trabajo. Profundicé un tema que se conocía (Prácticas de Resistencia), pero que muchos ignorábamos. Espero que los lectores de este trabajo sientan la sensación que nació en mí después de concluirlo: el respeto por aquellos hombres y mujeres, que tuvieron que vivir el peso de una dictadura en carne propia.

Profesionalmente obtuve muchas ganancias. No sólo porque entrené y aprendí más del oficio del periodismo al entrevistar, redactar, leer y escribir, sino también porque logré dar vida a un tema, mostrarlo, exponerlo y fundamentarlo. Muchas de las grandes investigaciones han nacido así, de una idea simple, pero después rompen todos los esquemas. De igual forma, el contacto y relación con periodistas tan conocidos por su

excelente labor (Miriam Lewin y Juan Gasparini) me hizo abrir más la mente y pensar de manera diferente a la hora de encarar un trabajo. Ellos, junto a cada uno de los que colaboraron en esta investigación, hicieron posible cada palabra aquí plasmada. Mil gracias.

Quiero dejar por escrito lo que investigué. Siento que lo importante no es descubrir algo, sino mirarlo desde otro punto de vista y exponerlo de manera clara y eficaz. Eso fue lo que hice.



Universidad de
SanAndrés

REFERENTES BIBLIOGRÁFICOS

- Actis Nilda, Aldini Cristina, Gardella Liliana, Lewin Miriam, Tokar Elisa. (2001) “Ese Infierno: conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes a la ESMA” – Bueno Aires: Sudamericana.
- Alcoba, Laura. (2010) “La Casa de los Conejos” – Buenos Aires: Edhasa.
- Bonasso, Miguel. (2010) “Recuerdo de la Muerte” – 1ª edición – Buenos Aires: Planeta.
- Gasparini, Juan (Reedición 1999). “Montoneros, final de cuentas” – Buenos Aires, Editorial de la Campana.
- Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (2011). “Nunca Más” – 8ª edición, segunda reimpresión – Buenos Aires: Eudeba
- Schvarzer, Jorge (1995). La reestructuración de la industria argentina en el periodo de ajuste estructural. CISEA . Buenos Aires. Página 41
- Rapoport, Mario y Spiguel, Claudio (2003). Modelos económicos y regímenes políticos y política exterior argentina en Foreign Polity and Political Regime. Página 198.

- Gambini, Hugo (2008). Historia del Peronismo: La violencia 1ª Edición – Estados Unidos – Stockcero.
- Entrevista personal con Enrique Fukman, sobreviviente de la ESMA – octubre de 2010. Buenos Aires.
- Entrevista personal con Carlos Lordkipanidse, sobreviviente de la ESMA – noviembre de 2010. Buenos Aires.
- Entrevista persona con Mariana Croccia, guía encargada en la ESMA – noviembre 2010. Buenos Aires.
- Entrevista personal con Juan Alberto Gasparini, Periodista y sobreviviente de la ESMA – agosto de 2011. Buenos Aires.
- Entrevista personal con Miriam Lewin, periodista y sobreviviente de la ESMA. Buenos Aires, enero de 2012
- Entrevista personal con Nilda Actis Goretta (Munú), Artista Plástica y sobreviviente de la ESMA – marzo de 2012. Buenos Aires.
- Entrevista con Mirta Clara, Psicóloga de profesión y ex detenida – marzo de 2012. Buenos Aires.